

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



LA HISTORIA DE MUCHAS

POR
SIGRID HOLMQUIST y LEWIS SARGENT

N.º 82

30 cts.

Maria M.



La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Diputación, 292. - Barcelona

Año II

N.º 82

La Historia de muchas

Sentimental asunto interpretado

por los notables artistas

SIGRID HOLMQUIST

y

LEWIS SAROENT

Paramount Pictures Corporation

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

Revisado por la censura gubernativa
Prohibida la reproducción.

J. Korta, Impresor - Barcelona

La Historia de muchas

Argumento de la película



En uno de los barrios más populosos de Nueva York, en una verdadera colmena humana, vivía la familia Birdsong compuesta de una pobre viuda con dos hijos, una hembra y un varón.

Gravemente enferma a causa de una afección al corazón que ella sabía era incurable, la madre trataba ansiosamente de asegurar el porvenir de sus hijos.

El muchacho, llamado Jimmie, trabajaba de ordenanza en una casa de comercio, y Essie, su hermana, marchitaba la hermosura de su juventud en un taller de flores artificiales.

Los dos ganaban lo suficiente para vivir con la estrechez de las familias obreras. Pero el esfuerzo que les unía, el lazo amoroso que les juntaba, hacía llevaderas sus dificultades. Jimmie y Essie se querían mucho, y aunque algunas veces sustentaban opiniones distintas, la presencia de la madre les hacía olvidar sus querellas momentáneas.

Jimmie tenía diez y ocho años; su hermana, veinte. Una de las causas que motivaban sus disputas era que Jimmie quería, con la petulancia propia de su edad, ser todo un hombre y se molestaba al oírse llamar "niño" por la picaresca Essie que, conociendo esta debilidad, se complacía en atormentarle. Pero

la madre, la buena señora Birdsong, acababa todas las pequeñas luchas abrazando a sus hijos ya "tan crecidos y que sustentan la casa".

En el taller donde Essie envenenaba su vida bajo la influencia de una atmósfera malsana y en una estancia casi sin luz, trabajaban unas cincuenta operarias, anquilando sus fuerzas, bajo la mirada dura del encargado, un bárbaro que trataba a las obreras con una brutalidad repugnante.

Este hombre despotizaba sus iras contra las obreras ancianas, cuyo shor pecaba de lenta y tardía. Y las pobres mujeres, que habían envejecido en el taller, seguían trabajando con pena, sabiendo que un día las pondrían en mitad de la calle sin consideración a las años de servicio. Así se entendía la vida en aquel local, infierno antro de explotación humana. Ni aun el domingo se dejaba libre a las obreras. El amo quebrantaba la ley, dando trabajo a las operarias para que lo terminaran en sus casas.

A Essie la miraba el señor de aquella prisión con ojos voraces, llenos del brillo torpe de los malos deseos. Le gustaba esta chica tan linda, y con su autoridad de dominador le parecía empresa fácil la conquista de aquella juventud graciosa.

Un sábado, cuando ya las demás obreras habían abandonado el taller, le dijo a Essie que se dispusiera a salir:

—No te vayas aún, chiquilla. Eres lo más hermoso de mi taller y quisiera tenerte mucho tiempo a mi lado.

Se fué acercando, pálido y repulsivo y con las manos de garfio intentó coger el cuerpo de la obrera.

—¡Oh! Déjeme usted... Quiero marcharme...

—¡Bah! ¡Bah!... Tú, como todo lo que hay en esta casa, me perteneces. Y hoy me he jurado a mí mismo que has de darme muchos besos... Anda... no seas esquivas... ¡Demonio!...

Ella fué retrocediendo hacia la pared y aquel prin-

cipio de lucha parecía recordar los tiempos primitivos, los viejos cuadros del mundo de la barbarie con el espectáculo de una juventud fragante y lozana temblando ante los instintos de una vejez sin nobleza.

Pero la puerta se abrió empujada por un pie vigoroso, apareciendo en el umbral la figura de Jimmie que como todas las sábados iba a buscar a Essie.

Al darse cuenta de lo que ocurría, dirigiéndose al dueño y, encarándose ante él, dijo:

—Diga usted, pollo: ¿por qué detiene usted a mi hermana en el taller?

El amo le miró con una sonrisa de conmiseración y Essie aprovechó el momento para abandonar la estancia.

—¡Niño! — le dijo a Jimmie —. Córdete de tus asuntos si quieres conservar tu físico... Si no...

Y le amenazó con su puño fuerte, una masa como para hundir cráneos. Pero el joven, que no toleraba que nadie le llamase "niño", contestó:

—No me haría usted temblar aunque fuese el propio Jack Dempsey!

Pues ahora véala.

Y fué a descargar su mutua sobre el rostro de Jimmie; pero éste con un movimiento hábil esquivó el golpe, abandonando prestamente la habitación.

Su hermana le aguardaba en la calle.

—Jimmie — le dijo —, el amo me debe toda la semana de trabajo y no me pagó aún... Sería necesario que tú se lo exigieses...

El joven luchaba entre el miedo que le inspiraba aquel bruto y la necesidad de parecer todo un hombre a los ojos de Essie... Ella, adivinando estas vacilaciones, le instó:

—No le tengas miedo, Jimmie. Exígele lo que yo he ganado... Ten en cuenta que ya eres un hombre.

Una sonrisa de satisfacción llevó a Jimmie... ¡Oh, era verdad! era un hombre!

—Ya verás cómo no me asusta — le respondió... Voy a contarte cuatro verdades a ese pajarraco...

Y adquiriendo actitudes de hombre fiero, entró de nuevo en el taller. Pero al ver la figura atlética del ogro, un temblor le sacudió las piernas.

—¿Usted dispense, señor... Mi hermana dice...

—¿Qué quieres, mamaracho? — repuso el amo, irguiendo su cuerpo robusto—. ¡Si no te vas de aquí, te mato!...

Y asiendo un apato lo tiró contra Jimmie, que por fortuna, gracias a su exceso de vista y de precaución, pudo librarse del consabido golpe. No, no... ¡Demonio!... Aquel hombre le daba miedo... Y recordando otra vez, tuvo que confesar a su hermana que le estaba bien merecido el nombre de "niño" porque ¡ay! todavía sentía miedo... ¡Qué rabia, qué odio sintió contra sí mismo al verse tan cobarde!...

Essie no quiso insistir más sobre ello. Temía ofender demasiado a Jimmie. Al fin y al cabo, su hermano era realmente un niño... grande...

3.

Desde que sonaba la hora de dejar el trabajo, la señora Birdsong no se apartaba de la ventana de la habitación que daba a la calle. Aquella noche le explicaron todo lo ocurrido en el taller, acordando que Essie buscara una colocación en un sitio más adecuado.

Jimmie no olvidaba su "ridículo". ¡Oh! Había que demostrar que era un hombre, todo un hombre... Y para demostrárselo a su hermana, juzgó lo más acertado hacer aquello que realizan todos los hombres: afeitarse. Claro es que sólo tres o cuatro pequeños peñinos estaban, como avergonzados, en su cara; pero aún así, esgrimía la navaja.

haciéndose la ilusión de que rasuraba innumerables pelos...

Essie le encontró efectuando esta operación y no pudo aguantar la risa:

—Pero, ¿qué vas a afeitarte, Jimmie?... ¿Las cejas?...

—¡Vaya con la niña!... ¡Es que no has visto mi barba?...

—Te habrá crecido hace media hora, porque antes, ni así...

—¿Quieres balar?... ¿Será posible que no puedas afeitarte con tranquilidad por culpa tuya?...

Y mientras los dos hermanos discutían, la señora Birdsong recibía la visita de Lulu Pope, la nueva amiga de Essie, una muchacha de costumbres algo libres que era a la sazón acomodadora en un teatro de variedades.

La madre de Essie miraba con malos ojos a esta joven que parecía sentir un gran aprecio por su hijo. Al verla no pudo ocultar su disgusto. Ella le miró con gesto burlón y entró en el cuarto donde se encontraban Essie y Jimmie.

Essie le dijo: — te he encontrado un empleo de *primísimo cartelero*...

Y le propuso que fuera a ocupar una vacante de acomodadora que había en el teatro. Le ponderó con tan vivas frases su nuevo empleo, que Essie, con el repentino entusiasmo de la juventud, sintió inundarse el corazón de alegría.

Jimmie seguía afeitándose, nervioso ante el rumor de las voces femeninas, llenándose el rostro de pequeños cortes, producidos por su brusca exaltación. ¿Por qué no callaban de una vez aquellas mujeres?

—Mamá, ya tengo empleo — exclamó Essie, viéndole aparecer a la buena anciana—. Ocho dólares a la semana trabajando de acomodadora en el teatro en que Lulu está empleada.

Pero la madre no consideraba buena aquella proposición.

—No aceptes ese empleo, Essie... No me gusta que trabajes por la noche. Me da miedo...

Lulú la miraba burlonamente. ¡Vaya con la vieja enredona!...

—Es la mejor oportunidad que se ha presentado en mi vida... Mamá, deja que lo acepte...

Y acompañaba sus ruegos con lágrimas. La señora Birdsong, que no podía ver llorar a su hija, le respondió:

—No llores, Essie... Quizá sí... Tal vez sepas tú lo que te conviene mejor que yo... Las madres somos a veces, excesivamente aprensivas...

—¡Oh! ¿De verdad, mamá, que no te opones?

—Ya ves tú que no — respondió la viejecita, vencida por las lágrimas de Essie.

Una sonrisa de gozo iluminó la cara de Lulú... Y contemplando a su amiga, le explicó:

—Tienes que vestirme más a la moda, si quieres una colocación como la que te he encontrado... Las muchachas que trabajan allí visten muy "chic".

—Es verdad, Lulú... Yo haré lo que tú me digas.

—Vamos a tu tocador...

Salieron las dos muchachas, quedando la madre y Jimmie sumidas en meditación. El joven, que ya había acabado de afeitarse, no estaba tampoco muy convencido de que en el teatro se hallaba el porvenir de Essie.

Poco después reaparecieron las dos amigas, pero Essie aparecía transformada. Su frescura natural desaparecía bajo la capa de pintura y sus labios eran excesivamente encarnados por el maquillaje. La madre la miró con tristeza; Jimmie no pudo reprimir una carcajada burlona.

—Eres deliciosa... Mira, madre... Essie se ha puesto la cara como un piel roja.

—Tú te ríes porque no entiendes ni una papa de estas cosas — le respondió Essie.

—Jimmie tiene razón en parte, hija mía — intervino la señora Birdsong... Lo de menos es la pintura... Lo grave es que esa es para ti el principio de un camino que no sé dónde puede conducirte...



—Tú te ríes porque no entiendes ni una papa de estas cosas.

—¿Ya vuelves con tus cosas, mamá?... Me harás enfadar de veras... Comprende que en el teatro no me admitirían si no fuese bien pintada. Además, ¿qué mal hay en ello?

—Bueno, Essie... Yo me marcho, y siento que te hayas disgustado con la familia... Mañana te presentaré al director del teatro...

Y Lulú, sin saludar apenas a la madre ni a Jim-

mie, abandonó el piso, acompañándola su amiga hasta la escalera.

—Ya verás, Essie, los buenos ratos que se pasan en el teatro... Y luego... tenemos los novios a montones... Por cierto que tengo aquí el retrato de un chico muy bien puesto a quien he hablado de ti... Se llama Pepe Ulman...

Y le enseñó la fotografía de un joven de maneras achuladas, de ojos de circo.

Y Essie se reía, con toda la ilusión de su corazón ingenuo, feliz por poder librarse del taller y entrar en un ambiente de teatro... ¡El Teatro, que era para ella algo ideal!

Y mientras se despedían, Jimmie le decía a su madre, en el comedor:

—Dime, mamá: ¿no te parece que Essie se está haciendo una fresca?

Un gesto de disgusto se reflejó en el rostro maternal.

—No hables así, Jimmie... Tu hermana es buena, muy buena... ¡Ay! Estoy contenta de mis hijos... Acércate, "hombrecito"... porque tú eres un hombrécito, ¿verdad?

—Claro que sí, mamá.

Y madre e hijo se besaron con la ternura de dos almas buenas.



Comenzó una vida nueva, deslumbrante para Essie. Pasaba las noches en el teatro, trabajando como acomodadora y cosechaba abundantes propinas. Con el nuevo empleo entró la prosperidad material en su casa. Pero además Essie tenía novio, el joven Pepe Ulman, tan ponderado por su amiga Lulú. Pocos días después de conocerse, ya se tuteaban y el alma ilusionada de la muchacha levantaba dulces proyectos, soñando en el matrimonio y en constituir un nuevo hogar.

Los propósitos de Pepe no eran, sin embargo, aquellos. Le gustaba tener novia, para gozar de la vanidad de pasearla ante sus amigos, pero jamás entró en su imaginación el proyecto de casarse. Para evitar que Essie dejara las relaciones, le prometió cuanto ella quiso y se mostró dispuesto a ir cualquier noche a saludar a la familia de ella.

La señora Birdsong puso el grito en el cielo al enterarse de los amores de su hija. ¡Oh, no quería tolerar aquello! Pero Essie le aseguró que Pepe era un muchacho formal y que cualquier noche la visitaría para pedirle su consentimiento. Y la buena madre aguardaba con inquietud el momento de conocer a su futuro hijo para adivinar con su fino instinto si haría feliz a Essie.



El revender billetes de entrada en los teatros está castigado por la ley yanqui; pero si no hiciese esto, Pepe Ulman se vería obligado a trabajar.

Ulman pululaba por los cafés y restaurantes revendiendo a precios gananciosos las mejores localidades de los teatros. De esta manera, procurando únicamente que la policía no le echara el guante, ganaba sus buenos dólares cada semana pudiendo darse una vida de ostentación y de lujo.

Sujeto sin escrúpulos, era un parásito que se arrastraba por los camerinos y los pasillos de los teatros en busca de aventuras amorosas, no faltándole nunca la sonrisa de alguna corista que deseaba tener un amigo "de dinero".

Pero ahora se había prendado de la ingenuidad de Essie, y la acompañaba todas las noches al terminar la función. Estaba orgulloso de su conquista; sentía el placer de todos los hombres cínicos que se van apoderando lentamente del alma y de la vida de la juventud inocente.

Iban transcurriendo las semanas, y mientras tanto

el amigo de Essie se había conquistado la entera admiración de la joven. Para ella, era elegante, buen mozo, simpático. Se dejaba deslumbrar por las luces del artificio y le quería con la gracia ingenua de su corazoncito de virgen.

Una noche, en el tocador, donde las acomodadoras del teatro se despojaban al acabar la función, de sus trajes de uniforme, Lolú preguntó a su amiga:

—Oye, Essie, ¿querías Pepe i tú, venir con mi novio y conmigo al baile de las Amapolas esta noche?

—Esta noche voy a presentar a Pepe a mi madre y a mi hermano, pues todavía no le conocen.

Lolú sonrió burlanamente. Ella, muchacha perversa en el ambiente teatral, sabía qué clase de pájaro era Pepe Ullman.

—Será muy interesante una instantánea de Pepe... en familia.

Un hombre entró en la estancia. Era Pepe, elegante y pinturreco, más chulo que un oco.

—¿Me está esperando ya la reina de la hermosura? — preguntó.

—Abi la tienes — dijo Lolú—. Que te diviertas con ella. Hasta mañana, Essie; mi novio me espera...

Lolú se alejó con pasos menuditos y moviendo el cuerpo juvenil. Essie sentíase verdaderamente enamorada de su novio.

—Marchemos pronto. Pepe; ya sabes que me prometiste venir hoy a casa.

—Pues no faltaba más, cariño.

Salieron. En mitad de la calle, Pepe se detuvo y dijo:

—Supongo, Essie, que no querrás que vaya a ver a tu mamá sin tomar antes una taza de ron... De veras, Essie, necesito calmar los nervios.

—No, Pepe, no; mamá nos está aguardando. Es tan tarde...

—Es un momento, querida. Anda, no disgustes a

tu Pepe, que hará por ti cualquier tontería; te quiero tanto...

Y la miraba con pasión y ella se sentía tuchada.

Entraron en un café, lleno de luces y de gente.

Pepe fué cruzando el salón, con su aire de fingida superioridad. Tropezó con unos pies enormes que le estorbaban el paso y tranquilamente, con sus propias manos, los retiró.



—¡Bolt! Cada vez que doy tu nombre, me entran ganas de reír...

—¿A nera estas barcasas — dijo.

Y al contemplar al poseedor de aquellos pies, cambió de expresión. Pertenecían a un hombre fuerte, atlético, que con un puñetazo debía derribar una columna. Y Pepe era un ser pequeño, débil, contrastando más su delgadez con la robustez vigorosa del otro.

No, no. El no se enredaba con gente así, tan fuerte. Y volvió a poner aquellos en el mismo sitio, alejándose cobardemente, temeroso de que no cayera sobre él una racha de bofetadas.

Essie dirigió su mirada alrededor del salón. Una orquesta lanzaba sus melodías de moda. Y a pesar de la impaciencia que tenía por llevar a Pepe a su casa, ella sentía cierta satisfacción íntima por encontrarse al lado de un joven tan elegante como su novio, en presencia de tanta gente.

La copla de ron animó extraordinariamente a Pepe.

—A ver, maestro — gritó —. Toque usted algo alegre... Un chotis, un danzón... Cualquier cosa... ¡Estoy contento, caramba! Soy nada menos que el novio de Essie Birdsong.

—No grites, por Dios — protestó ella.

—¡Bah! Cada vez que doy tu nombre, me entran ganas de reír... Essie Birdsong... ¡Vaya un nombre-cito elegante!

Ella le miró un momento con una explosión de ternura.

—Pronto no me llamaré así... — le dijo —. ¿No es verdad, Pepe?

Pensaba en su próximo casamiento que la convertiría en la señora Ullman.

Pepe no contestó. ¡Casarse! Sentía horror ante tal compromiso. ¡Casarse un hombre como él que cada mes cambiaba de novia!

Pero ella insistió con voz angustiada:

—¿No es verdad, Pepe?

—Sí, mujer — respondió al cabo —. Pero... maestro... — dijo intentando cambiar de conversación... ¡Más aire! Algo menos fúnebre... A ver, un jazz.

La música tocó una danza alocada, juguetona, saltarina, que obligaba a estremecerse, a bailar. Pepe invitó a bailar a Essie pero ella negóse rotundamente.

—Es ya muy tarde, Pepe. Mamá estará con cuidado. Marchemos.

Y como viese él que Essie estaba verdaderamente disgustada, accedió a salir.

Entretanto, en su hogar, la señora Birdsong ponía la toaca, esperando la llegada de sus hijos. La vecina del piso de enfrente había ido a visitarla, y las dos mujeres sostenían una animada conversación:

—Esta vajilla — decía la madre de Essie — la hemos comprado porque mi hija va a venir a cenar con su novio... Un muchacho simpático y listo.

—¿De modo que tendrá usted boda pronto en casa, señora Birdsong?

—Dios lo quiera... Dios lo quiera... — repuso, suspirando, la madre.

—¿Cómo pasa el tiempo!... Parece que fué ayer cuando Essie era una chiquilla que iba a la escuela!

—Es verdad. Pero el tiempo nos da la felicidad de ver mayores a nuestros hijos.

—¿Y quién es el novio de Essie?

—Es un revendedor de entradas de teatro, que gana treinta o cuarenta dólares todas las semanas.

—¡Mal negocio! Una vez conocí a un chico que ganó 40 dólares a la semana y 90 días de cárcel.

Una sombra de duda, de tristeza, llenó el semblante de la señora Birdsong.

—¡Bah! — aclaró la vecina — no se preocupe usted por Essie... Ella encontrará un buen muchacho... Y hasta mañana, señora; es muy tarde ya...

La madre de Essie sintióse turbada por las palabras de su amiga. Además, le había que había permanecido durante la conversación, encerrado en su cuarto, no aprobaba tampoco aquel proyecto de boda. ¿Tendría razón al oponerse? ¡Oh! ¿por qué tardaba tanto su hija?

Essie, había llegado con Pepe ante la puerta de

en casa y le suplicaba con insistencia que subiese a ver a mamá.

— ¡Tienen en casa tantos deseos de conocerte, Pepe! Mi madre se pondrá más contenta cuando te vea...

El chico rascóse una oreja y respondió:

— Esta noche tengo que atender a un asunto importante... lo dejaremos para mañana, sin falta.

— Pero... ¿chiquillo — contestó Essie, asombrada.

— ¿Por qué este cambio? ¿No me has prometido subir, sin falta?

— ¿Qué quieres que te diga? Me parece que será mejor que me presentes a tu madre en otra ocasión. Esta noche no me tira el bazar.

Ella se entristeció, considerándose burlada.

— Adiós, Essie querida, hasta mañana. Mañana veré a tu madre. Pero dame un beso antes de despedirte.

— Pepe, no me engañes. Pierda que yo he creído en ti.

Se besaron. Y Pepe, satisfecho y jovial por haberse librado aquella noche de la presencia de la terrible... surge, se encaminó hacia sus... importantes asuntos.

Se estaba de jugar al billar con varios amigos cuyos que comentaban con él sus aventuras estúpidas. Sujetos de la misma calaña, les imitaba en egoísmo y su maldad.

Essie entró en su hogar, adhiriendo torcamente que Pepe no era, tal vez, el buen hombre que creyera. Pero seguía animándole con la fuerza de su primera ilusión.

Su madre y su hermano la miraron severamente. — ¿Dónde se quedó Pepe? — preguntó la señora Birdsong.

— Me dijo que tenía que ir a resolver un asunto muy importante.

La madre tembló por su hija. ¡Oh, las continuas

dilaciones del navío de Essie alarmaban su corazón previsor!

— ¿Teba hablado Pepe de casarse contigo? — le preguntó.

— No...

— ¿Y has dejado que te bese?

Ella intentó negar, avergonzada, pero aún sentía en sus labios la huella de los de él.

— No me engañes, Essie. Una madre nunca se equivoca...

La nera rompió a llorar con desconsuelo.

— Prométeme que no permitirás que vuelva a besarte, hija mía...

— Sí, mamá, sí; te lo prometo.

— De modo, que tuvo que resolver un asunto, ¿eh? — terminó Jimmie. — Ya sabía yo que no vendría. Las gentes de su calaña no se encuentran bien entre las personas decentes.

— ¿Ves? Jimmie siempre contra mí, amargándose la vida... ¿Por qué será tan desgraciada, Dios mío?

Y llorando marchó a encerrarse en su alcoba, sufriendo las primeras heridas del desengaño.

Jimmie, tiemes que ser bueno con tu hermana — dijo la madre. — La pobre no conoce aún la maldad de la vida que lleva... Por eso nosotros debemos velar por Essie. Y me temo mucho que ese Pepe Ulman se esté burlando de mi hija. Y esto sí que no se lo perdonaría nunca.

Y sus ojos adquirían un resplandor agresivo.

Al siguiente día, la nieve hizo su aparición, embloqueando toda la ciudad. Hacia frío y un airecillo que se clavaba en las carnes como la hoja de un puñal.

La señora Birdsong quería que su hija se cubriese con un grueso gabán que había llevado ella en otro tiempo, pero Essie rechazó aquella prenda, con horror.

—No me parece que Pepe Ulman sea hombre que se enamore de un espantapájaros.

—Pero, mujer, ¿y si te constipas?

—Yo sé la ropa que llevan las otras muchachas, y tú no lo sabes... ¿Y cuándo me has visto enferma?



Y ella misma puso en sus labios la cucharada amarga del medicamento.

La madre enmudeció, cediendo nuevamente a los caprichos de su hija. Además, se encontraba mal; la noche anterior sus preocupaciones le ocasionaron un ataque al corazón y apenas podía sostenerse en pie.

—Mamá, no te olvides de preparar bien la cena esta noche... Pepe va a venir, con toda seguridad.

—Dios lo haga, hija mía...

—¿Has tomado hoy la medicina?

—Todavía no.

—¿Qué poto te cuidas, madre!

Y ella misma puso en sus labios la cucharada amarga del medicamento.

Jonnie y Essie marcharon hacia su trabajo y de nuevo quedó sola la señora Birdsong, semiendo con el instituto cordero de todas las madres, por su hija. ¡Subiría, por fin, aquella noche, el pretendiente!

Esse estuvo preocupada durante la función. Cuando ésta acabó y se disponían a despojarse de sus ropas, la joven dijo a su compañera Luit:

—Mamá vuelve a estar mal... Tengo miedo de que vuelva a repetirse uno de sus frecuentes ataques... Y esta noche que ha de ir Pepe a verla...

—¿A tu casa? Pepe no irá porque no quiere caer en el garlito y hacer alguna promesa a tu madre, que no tiene intenciones de cumplir.

—¿Tú también estás contra Pepe? ¿Es que todos juntos queréis amargarme la vida?

—¿Yo? No, hijita, no. Ya se encargará el tiempo de darme la razón. Y poco tardaremos en verlo.

Pepe Ulman, como todas las noches, fué a buscar a su novia. Intentó besarla, pero ella, acordándose de la promesa hecha a su madre, le rechazó:

—No... Pepe, no puede ser... Le prometí a mi madre que no te dejaría besarme.

—¿Qué tanta eres, cariño! ¿Con lo bueno que yo soy para ti.

—Pepe, mi madre ha preparado una cena espléndida para nosotros... Apenas puede tenerse en pie, la pobre, pero nos está esperando.

¡Otra vez con la canción dichosa! A Pepe comenzaba a cansarle la terquedad de su novia.

—Mira, mujer. El doctor me dijo que esas comidas familiares no me convienen...

—¿Pero ya sabes que me prometiste ir un día...?

—Sí, chiquilla, sí; no me olvido... Pero ¿no te parece que podríamos ir a un gran concurso de baile

que hay esta noche en el Savoy? Lulú y su novio estarán...

—No puede ser. Estando mamá tan enferma, no me parece bien que vaya al baile... Y tú, Pepe, nunca haces nada de lo que te pido...

—¿Que no hago lo que me pides? Me llevas contigo siempre y estas son las gracias que me das. Vámonos al concurso y déjate de esas historias.

Y ella cedió, obediente, humilde sierva de amor, muchacha ingenua, enamorada de la elegancia y del nombre de aquel hombre, sin pararse a examinar si detrás de su porte simpático se encerraba un alma podrida. Y fueron al baile.

La señora Birdsong aguardaba con ansiedad la llegada de Essie y de su novio. Y para que a Pepe no le resultara desagradable su presencia, ante el espejo iba poniéndose un poco de carmín en sus pálidas mejillas.

Temía por su hija, deseaba poder ver a Pepe Uman, y leer en el fondo de sus ojos las intenciones que albergaba.

La pobre madre sentíase cada vez peor. Su corazón palpitaba con un desenfreno de galope, y un sudor frío, precursor de la muerte, inundaba sus sienes. Reclinada sobre la cama, pedía a Dios no la dejase morir sin conocer al futuro marido de su hija.

Desde su cuarto, sintió pasos cercanos, rápidos. Alguien acababa de entrar. Era su hijo.

—Eres tú, Jimmie? Creí que era Essie.

—No, mamá, no. ¿Cómo te encuentras? ¿Estás ya mejor? Mira qué te he comprado.

Y le mostró una rosa clara, que acababa de adquirir en un puesto. ¿Una peseta le había costado!

—¡Hijo mío! ¿Qué buco eres!

Prendióse la rosa sobre el pecho.

Se había asagado algo, pero sus pensamientos parecían volar alejados de allí.

El hijo la miraba con dulzura, tiernamente.

—Madre — le dijo —, quisiera tener una novia tan guapa como tú...

Ella agradeció el elogio con una sonrisa. Y dijo seguidamente, reflejando sus labios lo único que vivía en su imaginación.

—Jimmie, ¿por qué tardará tanto, Essie? Si pudiese conocer a su novio. Con una sola mirada sabría si es un buen muchacho o no.

—No te preocupes, mamá. Pero aun no me has dicho cómo te encuentras.

—No me siento muy bien. No puedo tenerme en pie. Pero me pasará en seguida.

—Oh, mamá, mamá, ¿qué tienes? ¡Dímelo todo! La madre permaneció silenciosa; pero la firmeza de su mirada decía que seguía pensando lo mismo.

—Jimmie — dijo unos minutos después —, ¿te parece a ti que Pepe quiere de veras a tu hermana? La vió tan dolida, que contestó:

—A mí me parece que sí, mamá; pero si esta noche no se presenta, soy capaz de ir en su busca para romperle la cabeza.

¡Pasaba el tiempo y Essie no llegaba! El reloj iba marcando las horas con su imposible tic-tac.

—Otra vez vuelve a darme en el corazón — dijo la vieja.

—Toma otra vez la medicina. Es muy amarga, ¿verdad, mamá? Pero, anda, tú eres como una niñita a la que hay que rogar. Así, tómalala, no hagas muecas.

Y el muchacho sentía que las lágrimas llenaban sus ojos, viendo el dolor de su madre. ¡Oh, si llegaran Essie y su novio, volvería a recuperar la salud!

La vieja habló con una voz rota por el ahogo:

—Me parece que no podría soportar que ella no le trajese esta noche... Creo que me moriría de pena.

—Mamá, no pierdas la confianza. Ellos van a ve-

nir pronto; deben estar ya en camino. No pienses más en ello.

—Sí, hijo mío. Esto me atormenta mucha. ¿Y cómo será Pepe? Espero que sea tan grande y tan fuerte como lo fue tu padre y como lo serás tú también.

Una sonrisa de duda llenó el noble semblante del muchacho.

—La gente de su casta no son ni grandes ni fuertes. Tienen la cabeza grande y el cuello delgado. La vieja comenzó a llorar.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Por qué estás tan triste? Y él, a su vez, dio rienda suelta a la tempestad de su alma, y sollozó amargamente. ¡Ay! Esie no llegaba. ¿Y aquel novio sería probablemente un mal hombre!

En el gran Salón Savoy ocurrían escenas bien distintas. El baile estaba en todo su apogeo. Centenares de parejas se balanceaban a los acordes de las danzas epilépticas que se estilaban por el momento.

Pepe y Esie ocupaban una de las mesitas. Pero la muchacha no podía borrar de su imaginación la imagen de la madre enferma, y así se lo dijo a su novio:

—Creo que hacemos muy mal permaneciendo aquí. Nuestro puesto está junto a mamá tan enferma.

—No hay duda de que está muy mala la pobre señora — respondió barlamente Pepe —. Mañana por la noche le compraremos una empanada de ostras y se la llevaremos... Vámonos, animado a bailar, un baile solamente.

¡Oh, aquel hombre! ¿Por qué ejercía tal poder de seducción sobre ella? ¿Misterio!

—Si me prometes que irás luego a casa conmigo, bailaremos — dijo ella.

Pepe no era remiso en prometer.

—¡Pues claro que iré! — respondió, tranquilamente.

Y cogiendo a su pareja comenzó a bailar. Pero iba a empezar el principal festejo de la noche: el concurso de baile. Esie, después de haber bailado un fox, propuso marcharse.

—Quédate aquí, conmigo — contestó él —, que vamos a ganar el premio de resistencia, un magnífico



Y en la media noche cuando comenzaba el concurso de baile.

juego de marfil, y se lo llevaremos de regalo a tu madre.

—¡No, no! La pobre estaba tan enferma cuando salí de casa, que es preciso que vaya en seguida.

—Está bien... Vete a tu casa, si quieres y dile a tu madre que te has retrasado porque estabas bailando conmigo.

—Dios mío, Yo no sé qué he de hacer.

—Quédate, Essie. Luego vamos a ver a tu madre. Ahora a divertimos.

Y de nuevo la voluntad de la joven se vió sometida por la audacia de Pepe Ulman, espíritu sin nobleza, capaz de todo para conseguir sus anhelos.

Y era ya media noche cuando comenzaba el concurso de baile.

Los bailarines, agitados por el alicante del premio, querían batir el "record" de la resistencia. Pepe, con Essie, lucía sus habilidades de bailarín, aspirando a ser clasificado el primero. La muchacha estaba en sus brazos, medio desvanecida, fatigada por el ajeteo, pensando en la muchecita enferma.

La mala suerte persiguió a Ulman. Alguien dejó caer en el lustroso "parquet" de la pista, una gema de mascar que al ser pisada por el joven le trombó en el suelo. ¡Maldita casualidad! El jurado le obligó a abandonar el concurso, el premio estaba únicamente reservado a los que bailasen toda la noche sin el menor incidente, y Pepe había interrumpido unos minutos el baile. Estaba descartado para el triunfo.

El joven estaba de terrible humor. Y con el ansia de todos los fracasados, quería cargar a alguien su derrota.

—¿No viste la goma de mascar, mujer? ¿Por qué me empujaste hacia ella?

—Te juro que no vi nada, Pepe. No te pongas así.

—Buena, buena, y ¿para eso nos hemos asado aquí la noche?

—Pepe. Aquí ya no hacemos nada. Es muy tarde ya; vámonos.

—Sí, sí; vámonos. No quiero ver cómo los demás triunfan por tu culpa.

Abandonaron el círculo y anduvieron por la calle largo rato, en silencio, con la indiferencia de dos personas extrañas.

Al llegar a la casa de Essie, la muchacha rompió a hablar:

—Pepe, acuérdate de lo que me has prometido. Hoy tienes que ver a mamá.

El joven la miró con una sonrisa falsa que quería ocultar sus malvadas intenciones.

—¿Qué pensaría de mí tu madre si me presentase en tu casa a estas horas de la noche? Lo dejaremos para mañana.

—Mañana por la noche... siempre mañana por la noche... Me has estado engañando — respondió ella, indignada, comprendiendo, por fin, cuanto de cinico y repugnante había en aquel hombre.

—Buena. No me vengas ahora con historias dramáticas. ¿No te digo que mañana?

—Ya no podrás engañarme más, Pepe. Has jugado miserablemente con mi corazón. Te pregunto por última vez, ¿subes o no?

—Te pones terca y ridícula. Me estás aburriendo. ¡Ea! Hemos terminado. ¿Me entiendes? ¡Hemos terminado!

Y rechazándola con la brutalidad del hombre que explota el corazón de las mujeres, se marchó tranquilamente, dejando a Essie presa de un dolor mortal.

Ella subió las escaleras de su casa, pensando en cómo se podría su madre al verla aparecer sola, a tales horas.

Y en el hogar, la señora Birdsong sufrió un ataque al corazón. Sentía que se le escapaba lentamente la vida y pensaba en su hija que no llegaba y en aquel novio que ella no conocía y que tal vez hubiera desgraciada a Essie para siempre. Junto a ella, Jimmie, con un gran corazón de muchacho bueno, la cuidaba amorosamente, teniendo para ella todas las ternuras de su cariño filial.

Cuando se abrió la puerta y apareció Essie, la

señora Birdsong abrió los ojos e interrogó a su hija:

—Y tu navío, ¿dónde está? ¿Qué has hecho de él? ¿Por qué no viene?

Ella le miró con los ojos tristes y un gesto de desaliento. Y la madre, comprendiendo todo lo que significaba aquella actitud de su hija, sintió que los



—¡Pronto, pronto, vete a buscarlo y procura no volver sin él!

dolores de su corazón se agudizaban y cayó casi desvanecida, envuelta en las sombras precursoras de la muerte.

Ella lanzó un grito y dijo a su hermano:

—Jimmie, Jimmie, mamá se muere; voy corriendo a buscar al doctor.

Pero él, con palabra dura que era un violento reproche, contestó:

—Un doctor no servirá de nada buena ahora. A

quien mamá quiere ver ahora es a ese maldito amigo tuyo... ¡Pronto, pronto, vete a buscarlo y procura no volver sin él!

Essie no se atrevió a contar lo que había ocurrido, y respondió:

—Sí, voy... Pepe está esperando abajo, en la puerta... Voy a traerlo.

Y salió corriendo. La nieve caía a grandes copas inundando la ciudad. Hacía un frío cruel. Y Essie corría desorientada, loca, diciéndose que si no encontraba a Pepe, su madre moriría de pesar. ¡Oh, la vida de la buena viejecita, de la dulce mujer, dependía, acaso, de aquel chico que ella, incansable, había amado!

Pensó que Ullman estaría en el bar donde acostumbraba reunirse con sus amigos y entró en él, dispuesta a llevarse consigo a su antiguo novio.

Lo encontró efectivamente jugando y bebiendo con varios amigos, y le habló:

—Pepe, siento mucho haber dicho lo que te dije... Mi pobre madre se está muriendo... Quiere verte solamente un minuto. Se está muriendo.

Ella replicaba con una humildad de pobre mujercita débil y sus manos pálidas y aristocráticas se agitaban con un hondo temblor. Pero él, cínico, insensato, se puso a reír y respondió:

—¿Y a mí qué me importa que tu madre se esté muriendo? Anda, apártate de aquí.

—¡Ah, maldito!

Y su mano de mujer, débil manecita blanca, cruzada por los caminos de las venas azules, abofeteó al rufián con una dignidad suprema.

—¡Infame! ¡Malvado! Te odio. Me repugnas.

Dió un grito y salió del bar, corriendo como loca por las calles nevadas que el amanecer comenzaba a llenar de una luz lechosa.

—¡Mi madre, mi pobre madre! — repetía—. No te mueras, mamá, no quiero que mueras.

Pero falta de fuerzas, aniquilada por la emoción, muy cerca de su casa, cayó al suelo, casi desvanecida. No podía andar; sentía que la vida se le escapaba poco a poco.

Un caballero pasó junto a ella y se acercó para prestarle auxilio. Ella abrió los ojos y creyó haberla visto alguna otra vez. Se trataba de aquel hombre



Y cogiéndola como una pluma entre sus brazos de gigante...

joven y robusto que una noche en el bar hizo temblar con su figura al anémico Pepe que se había atrevido a retirar sus piernas.

—¿Qué hace usted aquí tan solita? — le dijo él.

—Se trata de mi madre... Mi pobre madre... Se está muriendo por culpa mía... Por culpa mía...

Una gran ternura invadió el alma de Jack Harman, que así se llamaba aquel hombre.

—¿Dónde vive usted? — le preguntó.

—A la vuelta de esa esquina... En el número tres.

—Pues, la acompañaré.

Y cogiéndola como una pluma entre sus brazos de gigante, la llevó a la puerta de su hogar.

Ella entonces le explicó su tragedia...

—Mi madre quiere conocer a mi novio... Y es imposible, porque nunca, nunca vendrá.

Y entonces con una audacia casi incomprensible en ella, propuso a su salvador que la miraba con una compasión infinita:

—Mi madre no ha visto nunca a mi novio... Si usted quisiera acompañarme a casa y fingir que es él... ¡la salvaría!

Jack quedó sorprendido. ¡Pobre muchachita que proponía las mayores audacias para salvar a su madre!

—Mamá está tan enferma... Y usted hace cara de buen señor... Si usted quisiera...

—Pues bien, señorita, hará lo que usted guste. ¡Y ojalá pueda salvar a su madre con este engaño!

Y miraba a su compañera pálida y suave y tal vez en el fondo de su corazón lamentase no ser el novio verdadero.

Entraron en la casa. Essie cogió sus lágrimas. Era necesario apacientar alegría.

La señora Birdsong se levantó al ver llegar a su hija acompañada del supuesto novio. Y sus ojos se iluminaron repentinamente al contemplar el rostro franco y noble del caballero.

Jack, representando a las mil maravillas su comedia, se acercó y le dijo:

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Conque esta es nuestra madre?

—Sí... "Pepe" — dijo Essie, sonriendo — ¿Verdad que es muy simpática? ¿No te lo dije? ¿Verdad que la querrás mucho?

Jack acariciaba a la vieja con una ternura de hijo.

—Hacia mucho tiempo que quería venir a verla, pero...

Pareció titubear. Essie intervino:

—Es tan vergonzoso... ¿Verdad que lo eres, Pepe?

—Vergonzoso es poco... Soy para estas cosas un chiquillo.

Jimnie miraba a su "futuro" cuñado con admiración. Buen chasco se había llevado. ¡El, que le



Acababa de morir... En sus labios flotaba una última sonrisa.

creyó débil y raquítico! ¡Vaya buen mozo de robustez de gladiador!

Tampoco la madre no podía ocultar su dicha. Oh, sí; el novio de Essie parecía un gran hombre. La haría feliz.

—Tiene las manos fuertes como las tenía tu padre, Essie... Me dan ganas de llorar de alegría...

Essie no podía ocultar su dicha. Pero en el fondo de su alma, estaba triste. ¡Ay, si Pepe Ullman fuera realmente como aquel hombre!

—Id a comer algo, hijos míos — prosiguió la madre —. Pepe debe tener hambre... Vuestro padre también la tenía...

La comida transcurrió con una verdadera felicidad de hogar. Pero la señora Birdsong había sufrido demasiadas emociones y su corazón estaba cansado de latir.

Y clareaba el día cuando la madre, reclinada en su lecho, víctima de un nuevo ataque se disponía a morir rodeada de todos.

Jack, hombre soltero que no tenía a nadie en el mundo, estaba realmente conmovido. Y continuaba aquella farsa hasta su fin.

—Pepe — le decía la vieja, acariciándole la mano —. Le he estado esperando hasta el fin, pero la espera ha valido la pena... Ahora ya no temo nada...

Abrazó luego a sus hijos y les dijo:

—Hijos míos, hijos míos... Adiós. No os olvidéis de que Dios queda con vosotros.

—¡Mamá, mamá! — gemía Essie —. Tú has de vivir, tú has de estar siempre con nosotros.

Pero la madre no la oía. Acababa de morir... En sus labios flotaba una última sonrisa.

Un rayo de sol entró por la ventana... Ya no nevaba... Había en el cielo pedruzcos de azul...

Pero en aquel hogar, Essie y Jimmie lloraban el abandono de la madre querida. Y Jack sintió que lloraba por primera vez...



Pasaron algunos meses. La juventud no conoce pesar que el tiempo no mitigue, ni herida que el amor no cicatrice.

Y lo que empezó como una farsa terminó en ver-

dadero amor. Jack y Essie se casaron y vivían la belleza maga de la luna de miel, el primero y hermoso tiempo del amor.

Y Jimmie, el hermano, les hacía frecuentes visitas. Y al contemplar a Jack, fuerte y vigoroso, se reía, y mirando un retrato de la madre, le sonreía diciéndole:

—Puedes estar tranquila, mamá... Mi cuñado es casi tan hombre como yo...

FIN

En esta novela envía usted la postal-obsequio a
JOHN BOWERS

PRÓXIMO NÚMERO:

La finisima novela

La Segunda Juventud

por Elliot Dexter, May Mac Avoy
y Lois Wilson

Postal-regalo: IRENE RICH

32 páginas • Numerosas fotografías

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes: Precio: 30 cts.

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneos desembolsos, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbado, 10, BARCELONA. Ferraz, 31, MADRID. Ferracutti, 30, BOGOTÁ

J. Horta, Impresor. - Barcelona